

## CAPÍTULO XVIII.

De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del caballero del Verde Gaban,  
con otras cosas extravagantes.

HALLÓ Don Quijote ser la casa de Don Diego de Miranda, ancha, como de aldea; las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que, por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y trasformada Dulcinea; y suspirando, y sin mirar lo que decia, ni delante de quién estaba, dijo:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!  
Dulces y alegres cuando Dios queria.

¡Oh tobosescas tinajas, que me habeis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!" Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de Don Diego, que, con su madre, habia salido á recibirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de Don Quijote, el cual, apeándose de Rocinante, fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y Don Diego dijo: "Recebid, señora, con vuestro sólito agrado al señor Don Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero, y el mas valiente y el mas discreto que tiene el mundo." La señora, que Doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que, en oyéndole hablar Don Quijote, le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la cual, mas tiene su fuerza en la verdad

que en las frias digresiones. Entraron á Don Quijote en una sala; desarmóle Sancho; quedó en valones y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas; el cuello era valona á lo estudiantil, sin almidon y sin randas; los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos; que es opinion, que muchos años fué enfermo de los riñones; cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero, antes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero, merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos, y con gentil donaire y gallardía, salió Don Quijote á otra sala, donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian; que, por la venida de tan noble huésped, queria la señora Doña Cristina mostrar que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que Don Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de Don Diego) de decir á su padre: "¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traído á casa? que el nombre, la figura, y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos.—No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego; solo te sabré decir, que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe; y, pues eres discreto, juzga de su discrecion ó tontería lo que mas puesto en razon estuviere; aunque, para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo." Con esto se fué Don Lorenzo á entretener á Don Quijote, como queda dicho; y, entre otras pláticas que los dos pasaron, dijo Don Quijote á Don Lorenzo: "El señor Don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y, sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta.—Poeta, bien podrá ser, respondió Don Lorenzo; pero grande, ni por pensamiento: verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de *grande*, que mi padre dice.—No me parece mal esa humildad, respondió Don Quijote; porque no hay poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.—No hay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo; y alguno habrá que lo sea, y no lo piense.—Pocos, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo. Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia; y el tercero viene á ser segundo, y el primero, á esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en

las Universidades; pero, con todo esto, gran personaje es el nombre de *primero*.—Hasta ahora, dijo entre sí Don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco; vamos adelante:" y díjole: "Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas; ¿qué ciencias ha oído?—La de la caballería andante, respondió Don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos mas.—No sé qué ciencia sea esa, replicó Don Lorenzo; y, hasta ahora, no ha llegado á mi noticia.—Es una ciencia, replicó Don Quijote, que encierra en sí todas ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razon de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer, en mitad de los despoblados y desiertos, las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quién se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer, por las estrellas, cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y, dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolás ó Nicolao; ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y, volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, por que vea vuesa merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan.—Si eso es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas.—¿Cómo si es así! respondió Don Quijote.—Lo que yo quiero decir, dijo Don Lorenzo, es, que dudo que haya habido, ni que los haya ahora, caballeros andantes, y adornados de virtudes tantas.—Muchas veces he dicho, lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quijote: que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo, y de que los hay, cualquier trabajo que se tome, ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar á vuesa merced del error que, con los muchos, tiene; lo que pienso hacer es, el rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente, si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza,